

## VIENTOS DE NOSTALGIA Y ESPERANZA

### ***Migración torbellino de cambios.***

Mi punto de partida es el cambio y las decisiones. Soy de ese grupo de personas a las que no les gusta el cambio. Sé que la vida está en constante transformación, y que no hay forma de crecer sin cambiar, sin enfrentar nuevos retos, sólo que, a mí, como a muchas otras personas se me vinieron de golpe todos.

Hasta hace tres años vivía aún con mis padres, luchaba con los problemas cotidianos o comunes, en México, el desempleo, el tránsito pesado, la inseguridad, etcétera. Sin embargo, tenía bases firmes, como esa casa que te resguarda del viento cuando llega con toda su fuerza. Tenía a mi familia, a mis amigos, mi profesión. Hoy parece que lo sigo teniendo, sé que no lo he perdido del todo, pero lo tengo lejos.

Hace dos años migré de México, primero por una estancia de investigación, que además me permitiría estar con mi pareja actual, manteníamos un noviazgo a distancia que se nos estaba desgastando más en cada despedida. Así inició mi viaje, primero por un año, siendo estudiante en un nuevo país y viviendo con mi novio. Tenía una beca, y la promesa de volver a mi país, planes que realizar a mi regreso. Sin embargo, la vida cambió y hoy estoy aquí, casada, en un país con costumbres distintas, con un idioma diferente que me pone a prueba todos los días. He desarrollado más tolerancia a la frustración de lo que yo misma creía a posible, y revalorado mi profesión frente al riesgo de no poderla ejercer más, dadas mis limitantes lingüísticas en este país. Me ha tomado tiempo reconocer, mi condición de migrante, y dentro de ésta he tenido que hacer un esfuerzo por abrir mi mente a otros temas, por entender mis cambios de humor, mis inseguridades aumentadas como parte de los procesos de duelo que se viven con la migración. Esos procesos, que algunos psicólogos los han denominado el síndrome de Ulises. Hay días en los que me siento estancada y terriblemente nostálgica, otros me siento con esa energía para querer seguir y construir.

A veces, pienso que estoy en el inicio de mi Historia como individuo, que antes viví como parte de mi familia, de ser hija, de ser hermana, sobrina, y que aquí he tenido

que descubrir todos los días quién soy yo. Muchas veces, me doy cuenta de que soy más débil de lo que pensaba, será porque las lágrimas me visitan más a menudo. Las mismas lagrimas que he visto en otras mujeres migrantes, que le lloran a esa parte que una tiene que abandonar cuando una se aleja del país que la vio nacer.

Creo que la migración, como todo en la vida, tiene muchas caras, una aprende montones de cosas, desempolva las estrategias para hacer amigas, pero también anhela todo lo que se quedó en el otro país. Así que, hoy estoy aquí pensando en cada decisión que tomo y cómo afectará mis días siguientes, luchando por mantenerme a flote y en esta lucha no olvidar ser una buena pareja, sin perder de vista que el regreso también es una posibilidad.

### ***Cuando te toca, aunque te quites y cuando no, aunque te pongas***

Creo que en mi vida familiar los refranes y frases son parte de la cotidianidad, no es raro que mi mamá siempre tenga alguno de ellos para cerrar o aderezar alguna conversación. Tal vez, una de las frases que más tengo en la cabeza siempre y que me ayuda a soltar un poco mis preocupaciones es la que me mencionaba ella cuando me veía pensativa por alguna situación o si estaba esperando algún resultado o respuesta: “cuando te toca, aunque te quites y cuando no, aunque te pongas”.

Otra de las frases que tuvo más significado para mí, la recibí de una profesora, cuando hablábamos de qué camino elegir en cuanto a mis estudios, en esa etapa yo estaba muy confundida, y recuerdo que ella me dijo que la escuela no era una carrera de tiempo, sino de resistencia. Es decir, no importaba el tiempo, sino la perseverancia. En ese momento, fue una frase que me ayudó mucho y que aún me repito o la comparto cuando veo que alguien está pasando por una situación compleja en términos académicos. Durante mi formación como historiadora, tuve presente una de las citas de Eduardo Galeano, “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador.”

Hace algunos meses leía el libro, *Mujeres que corren con lobos*, de Clarisa Pinkola y recuerdo que leí una frase, que, si bien no recuerdo con total exactitud, decía algo como: “el miedo no es una razón suficiente para no hacer algo”, y con anterioridad

había visto una idea similar, “hazlo y si te da miedo, hazlo con miedo, pero hazlo”. Estas son frases que me repito muy a menudo, sobre todo cuando estoy en situación que despierta o exacerba mis inseguridades, incluso creo que estas palabras pasaron mucho por mi mente, cuando decidí casarme.

Recuerdo también a menudo la frase de una buena amiga, que me dijo en un momento en el que estaba muy inquieta por el futuro, “la paciencia es la mayor de las virtudes”, conservo estas palabras y hago uso de ellas justo cuando me siento atorada en alguna situación, cuando siento que las cosas no avanzan o que no logro dar los pasos que deseo.

Creo que ahora soy un poco consumidora de las frases que de pronto veo por ahí en las redes sociales, algunas cuyo autor no es citado como la siguiente: “Deberías soltar la vida que tenías planeada para poder recibir a la vida que te está esperando”. Supongo que las palabras anteriores me las repito muy a menudo, por la situación que estoy viviendo. En estos momentos también tengo presente una frase que le escuché a una psicóloga: “Soy diáspora, mi deber es florecer”.

Otra frase, que me dejó pensando mucho, sobre todo en los momentos en los que extraño a mi familia o personas que ya no están conmigo, es decir que fallecieron es: “Me acompaña tu recuerdo, pero no vivo desde tu ausencia”. Creo que pensar así las ausencias que tengo, me ayuda a sentirlas desde lo bueno que han dejado en mí, desde los momentos felices y el aprendizaje y no desde la tristeza que a veces nos impide ver otros caminos o disfrutar otros momentos y compañías.

Algunas otras frases se han quedado en mí a partir de canciones, como las de Jorge Drexler, por ejemplo: “Si todo empieza y todo tiene un final, hay que pensar que la tristeza también”. Me parece que son palabras que me ayudan cuando estoy pasando por un mal momento, me ayuda a no encerrarme, a pensar que todo va a pasar, y que la vida está hecha de momentos difíciles, de momentos alegres, momentos de dicha, de miedo, etcétera, pero que todos pasan.

Creo que no podría cerrar este viaje a través de las frases, sin mencionar una vez más a Eduardo Galeano: “Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”. Así que creo que toca seguir viviendo, seguir coleccionando historias, porque de eso estamos

hechas, eso es lo que nos va formando, y muy probablemente es parte de la herencia que les dejaremos a nuestros seres queridos. Les dejaremos historias que hemos coleccionado en nuestro andar y otras tantas que también nos han heredado, a veces éstas estarán condesadas en frases, algunas probablemente las habremos tomadas prestadas de alguien más y por alguna razón llegaron a nosotras y las hicimos parte de nuestra familia.

***Gracias en cada movimiento, en cada palabra, en cada respiro y en cada mirada.***

Tal vez, lo primero que tendría que hacer es pedirle una disculpa a mi reflejo, a mi cuerpo, por todas las veces que me inconformo con sus formas, con su tamaño, que me olvidó de lo maravilloso que es y lo juzgo por no encajar en los cánones de belleza. Me olvido de que es un transmisor de emociones, que a través de él puedo sentir el aire, puedo sentir el frío, el calor. Que es sólo a través de él que pudo tocar y sentir a los seres que amo. Que tengo un cuerpo que me permite moverme a donde yo quiera, que me permite gesticular sonrisas y rasgos de sorpresa en mi rostro. Un cuerpo que más allá de la forma me permite conectarme con el mundo, con los olores, con las palabras.

Le digo también a mi cuerpo que sus formas pertenecen a una mezcla de los genes de mi madre y de mi padre, que fue una unión llena de amor, que puedo reconocer en mi reflejo las huellas de la familia, la mirada triste de la abuela que ha pasado de generación en generación, que en su piel morena reconozco rasgos de la familia de mi padre y que al ver mi reflejo tengo siempre presente de dónde vengo.

También le agradezco a mi cuerpo todos los momentos que me ha permitido vivir, las caricias de mi madre, a mis brazos les agradezco la fuerza para poder cargar a mis sobrinos y sobre todo agradezco que me hayan permitido sostener a mi mamá cuando pasó por momentos tristes, que me hayan permitido arroparla entre mis brazos como ella lo hizo conmigo cuando yo era niña. Agradezco a mis ojos, porque me permiten ver cada mañana un nuevo día, por dejarme ver el mar, el cielo y los

hermosos paisajes guerrerenses, y por dejarme leer muchas historias. Agradezco a mis orejas y oídos por todas las palabras que han resonado en ellas, por permitirme escuchar palabras sabias, palabras de amor, de alegría. A mis manos por permitirme sentir a otras personas, otras texturas; por permitirme cocinar, por permitirme sostener y sentir otras manos, por permitirme escribir, cuartillas y cuartillas de una tesis que pretendo terminar cuanto antes.

Le agradezco a mi cuerpo poder sentir y manifestar amor a través de él, también le agradezco ser mi protección y uno de mis medios para manifestar mi inconformidad por algo, por esas grandes caminatas en medio de una manifestación, que me hacían sentir alegría aún en medio de una situación adversa.

Por último, le pido a mi cuerpo que sea fuerte, que nos faltan muchos caminos por andar, que aún nos faltan historias por conocer. Mi cuerpo, la figura de la mujer que hoy se refleja en él, es la de una persona que aún con muchos sueños, y con muchos temores e inseguridades también, ya hemos andado juntos más de 30 años y en cada paso iremos mejorando, aunque sea un poquito, y aún en los momentos más difíciles debemos seguir caminando

### ***El bosque***

El cambio de domicilio me hizo desprenderme de muchas cosas, hay una mudanza que aún no termina de hacerse y eso me lleva a pensar cuáles son los objetos que me parecieron importantes y he traído de a poco. Yo llegué a Alemania primero para una estancia de investigación, así que pensé que sólo era por un año, y traje pocas cosas, pero no me olvidé de poner en mi maleta un dije de madera que tiene tallado un árbol de la vida. Es un dije que me regaló una profesora que ha marcado mi vida en varios aspectos, fue mi directora de tesis en la licenciatura, me motivó para continuar con una maestría, y siempre ha estado ahí apoyándome, confiando en mí, y por si fuera esto poco, ella me presentó a mi pareja.

Recuerdo que ese dije me lo regaló hace unos años, cuando yo estaba pasando por un momento difícil en mi vida, me lo trajo de Argentina, ella nació en ese país.

Cuando me lo dio, me dijo que era un árbol de la vida, para que llegaran muchas cosas buenas a mí, en abundancia. Es uno de los regalos que más aprecio y lo traigo conmigo confiando en que así será, aun cuando parezca que no hay caminos, siempre pienso en ese regalo y me reconforta, me devuelve un poco la confianza, en el tiempo, en los procesos. Tal vez, porque me lo dio una persona que confió en mí en una etapa de mi vida en la que necesitaba ese reconocimiento, tal vez, porque esa profesora, ha sustituido emocionalmente a mi madrina y prima a la vez. Del árbol, me voy al caracol, un caracol que ya sólo vive en mi recuerdo, me lo regaló Julia, mi madrina -prima, yo era muy pequeña y lo perdí, pero recuerdo que era un dije plateado muy lindo. Julia murió cuando yo tenía casi quince años y era una de las personas más hermosas que yo he conocido, era muy joven cuando decidió irse de este mundo, y a pesar de su juventud, los años que la tuvimos entre nosotros nos llenó de amor.

Muy a menudo pienso en Julia, pienso en ese caracol, y veo un anillo que me regaló, recuerdo cómo me lo compró mientras visitábamos una plaza comercial, como elegio uno para ella y me pidió que escogiera uno para mí. Pienso en ella cuando miro mi anillo ya un poco deformado por los años y por el uso, lo traje conmigo para darme valor, y también porque pienso que así, ella vive un poco de lo que yo estoy viviendo. La recuerdo, a veces añorando todas las conversaciones que no pudimos tener. Lo distinto que hubieran sido algunos momentos si ella hubiera estado ahí, pero respeto su decisión de irse. Supongo que ese puesto de consejera que dejó ella, de reconocimiento y confianza lo volví a encontrar sólo hasta una edad ya más adulta en mi profesora.

Hace poco más de un año que regresé a México y estuve dos meses, cuando tuve que volver a Berlín, me encargué de traer en mi maleta la foto de mis padres, y un par de aretes de mi abuela materna, ella murió cuando mi mamá era una niña. Por años, sólo tuvimos historias y dos fotos de ella. Hace algún tiempo, finalmente, llegaron a mi mamá dos pares de aretes de mi abuela, mi mamá los compartió conmigo y con mi hermana. Así que he traído los aretes de la abuela, y los tengo

ahí atesorados esperando una oportunidad para usarlos, los guardo junto a los pendientes que me ha dado mi mamá, en especial unas arracadas pequeñas doradas que eran un anhelo cuando yo cursaba la secundaria. Recuerdo que veía como una amiga muy cercana, se ponía unas arracadas y las acompañaba con unos aretes pequeños de zirconia blanca, me encantaban. Mi mamá, tiempo después me compró un par de arracadas y unas zirconias rosas.

Mi mamá desde chica me decía que yo quería colgarme hasta el molcajete y que así era mi abuelita, su mamá, así que supongo que de ahí me viene el gusto por todo lo que tenga que ver con adornos, algunos se han perdido, otros me los han robado, pero lo que no se puede borrar es el recuerdo que mantengo de ellos. Recuerdo aún un anillo, que lamentablemente me robaron, era de una de mis tías que hace unos años murió, tenía una piedra azul y casi siempre lo traía puesto, aún tengo clara la imagen de la piedra azul brillando en sus manos blancas, esas manos que sabían hacer magia cuando les ponían una máquina de coser enfrente. Mi tía nos hacía ropa, nos reparaba vestidos, faldas, pantalones, etcétera, pero, aunque ella era una maestra en esa labor, para mí la magia venía empaquetada en sus cuentos, en ese libro de la colección sepan cuentos de Porrúa. La magia llegaba cuando recuperaba las historias de los hermanos Grimm, a través de sus palabras las recreaba y las hacía suyas, creo por mucho que con ella hice mi primer viaje a Alemania. Casi siempre que me enfrentó a un paisaje boscoso en este país, su recuerdo viene a mí, llega su recuerdo de pronto, así como una vez que al caminar por un bosque en Magderburg vimos pasar a un ciervo corriendo veloz, fueron unos instantes, pero de golpe me transportaron a sus historias.

Finalmente, hace unas semanas en el marco de un curso de integración que estoy tomando, una de las profesoras nos regaló a cada una de las asistentes un cuarzo y una tarjeta que ella hizo con pinturas de oleó. La tarjeta además traía un mensaje para cada una, el mío dice algo como: "mi camino es mi objetivo", y la piedra que me ha tocado es una cornalina, según leí es una piedra aporta equilibrio y fuerzas positivas, otorga coraje y se recomienda a personas con melancolía, así que

supongo que ha llegado en un momento oportuno. Traigo la tarjeta de colores y la piedra en mi cartera, pretendo en algún momento hacerla un dije. Supongo que con mis objetos podría formar un bosque con árboles de la vida, caracoles que no se cansan de andar aun cuando sea lento el paso y piedras de colores que brillan en la noche y durante el día reflejan los rayos del sol.

### ***Huellas de papel, tinta y amor***

Pensar en las huellas que he dejado en mi montaña, me resulta difícil, tal vez, porque me cuesta mirar hacia atrás sin pensar que debería haberlo hecho mejor. Casi siempre que pienso en mi pasado, pienso en los errores, en momentos que no me hacen sentir orgullosa, que debería haber hecho más, que debería haberme esforzado más. Sin embargo, en mi montaña veo con mucho cariño mi elección por ser Historiadora, y aún no me creo que maravillosa es mi profesión. Para mí, a pesar de todo y de los inconvenientes que han surgido, mi profesión me ha permitido hacer muchas cosas que no contemplé ni en mis sueños.

Si he caminado y he pisado otros países ha sido en gran parte por mi profesión. Creo que cuando empecé mi camino en la Historia, inició también un camino que se acercaba a las huellas más satisfactorias, aunque el camino no ha estado exento de momentos difíciles. Mi paso por la Universidad me formó en muchos ámbitos, me regreso un poco de seguridad, me dio una razón de ser. Visitar archivos, oler esos papeles antiguos, ponerme los guantes de látex para comenzar mis trabajos en medio de expedientes, me dio otra dimensión de la vida. Conocer las huellas de otros, de ese pasado que parece tan etéreo, eso me hizo muchas veces sentirme feliz. Fueron sin duda huellas de felicidad, de descubrimiento, de descubrirme.

En la Historia, en mi profesión encontré tal vez, la continuidad de esas narraciones que me encantaban desde niña. Conocer, hurgar en el pasado, te transporta, te invita a soñar, a suponer, a creerte un poco detective. Te enseña a ser empática. Envolverme en los aromas de las librerías, abrir un libro sentir el olor de sus páginas,

esos pueden ser momentos muy hermosos, tal vez, te encuentras ahí, tu sola, frente a un mundo de imágenes, de personajes, de sueños, de temores.

Probablemente, valoro tanto estos momentos, porque mi mamá tenía planeado otro camino para mí, otra escuela, y tras años difíciles, de muchos desencuentros con ella, conmigo misma, y sentir en muchas ocasiones que había decepcionado a mi mamá, decidí defender lo que al fin había identificado que quería. Quería ser Historiadora, y estaba decidida a luchar como fuera para serlo, creo que ni siquiera tenía bien claro cómo lo iba hacer, o de qué se trataba exactamente, pero quería hacerlo, me sonaba un sueño eso de poder estudiar Historia. Creo que fue uno de mis actos de rebeldía, pero también lo sentí, como el momento de separar caminos, y de, aunque doliera mucho, poner lo que yo quería sobre las expectativas de los demás. Por eso le di y le doy tanta importancia.

Creo que mi profesión también me dio ese hueco, ese lugar donde huir, donde sentir que estaba haciendo algo mío, ahí estaba mi mundo, y mientras en mi familia las cosas cambiaban con la llegada de más sobrinos, de nuevas dinámicas, yo encontraba mi espacio ahí en mi profesión. Creo que fue una forma de querer liberarme de las expectativas de los demás, de elegir mis pasos, de elegir mis sueños. Tal vez, el encanto paso un poco cuando tuve que enfrentarme a la realidad de la academia, a su estructura, a los coloquios y congresos, en los que tenía que hablar frente a mucha gente, ahí siempre se han regresado las inseguridades. Tener que escribir tesis, artículos, enfrentarme a las críticas a veces muy duras, todo eso forma parte también del camino, en el que muchas veces también he renegado haber elegido estudiar Historia. Sin embargo, cuando alguien me llama “Historiadora” siempre siento un cosquilleo en el estómago, y me adelanto a decir, que bueno, aún me estoy formando, siempre siento que me falta un poco para llenar por completo esa palabra, pero me hace feliz que me la digan.

Muchas de las huellas de mi montaña se construyeron a partir de mi profesión. Ser historiadora me permitió por un breve lapso ser docente, y fue una gran y difícil

experiencia a la vez. Me dio ratos de mucha desesperación, pero también de mucha alegría y amor. Recuerdo a mis alumnos y deseo con todo el corazón volver a dar clases, ellos me hicieron sentir las emociones a flor de piel, me enseñaron otra de las bondades de mi carrera, escucharlos, reír con ellos, enojarme, desesperarme y más, todo venía en ese paquetito de pararme frente a ellos. Traté de contagiarles un poco de la emoción que en mí produce la Historia, me parecía una fortuna y gran responsabilidad tener a más de 20 personas ahí, escuchándome, siendo parte de sus vidas, y teniendo la oportunidad de ser parte de su formación.

Debo decir, que la docencia, me viene por línea directa, mi madre y hermana son profesoras, así que creo que es algo que traemos muy interiorizado. Mi profesión también me ha llevado a ser de las pioneras en mi familia en hacer posgrados, en escribir artículos, me parece que abrí camino en lugares donde antes no habíamos estado. Creo que en muchos momentos crecí, soñé y aprendí en silencio, tal vez, porque temía decepcionar. Aunque siempre que había un fracaso o un momento difícil en el camino ahí estaba mi mamá o mi hermana para secar las lágrimas, aconsejarme y darme ánimos.

A través de mi profesión, fui descubriendo nuevos caminos, nuevas pasiones, que al final, he comprendido son parte de los intereses que me rodearon desde niña, los libros y revistas que dejaba por ahí mi hermana, mi mamá. Ahora veo que muchos de los temas que he investigado tienen relación con la información que recibí de niña, con las historias que se contaban en la sobremesa.

Mi historia transcurrió durante muchos años a través de mi profesión, ahí vivía mis alegrías, mis tristezas y mis temores. El resto de los aspectos de mi vida iban acompañando el camino, aderezándolo. Mis amistades más cercanas eran con las que compartía escuela y/o trabajo, así que el universo básicamente era el mismo.

Sin lugar a duda, conocer a mi pareja trajo un cambio en mi andar, con él me he confrontado a nuevos temores, pero ahora veo que mis huellas ya no van solas, y

me sorprende todavía mucho verme en pareja, a veces aún no sé bien a bien cómo hacerlo o cómo lo estoy haciendo, sólo sé que ahí vamos, que en las mañanas ya no hay sólo taza de café, ahora son dos. También sé que estoy descubriendo nuevas formas de andar, que a veces me llenan de temor y otras de alegría. Tal vez, al final podré describir las huellas de esta etapa de mi vida como titubeantes, pero llenas de un amor que no había tenido antes.

Me parece que ahora estoy caminando en una vereda distinta, no conozco el camino, pero voy acompañada, y la persona que va a mi lado, a pesar de las múltiples diferencias que tenemos, me genera confianza, confianza para ser yo, para contarle de mis malos momentos, para reír juntos, para retirarnos cada uno, de vez en vez y encerrarnos en nuestro mundo cada uno. Estar aquí, me permite tener otro tipo de andar, y aunque constantemente me siento a prueba y temerosa, preocupada por lo que vendrá, también estar aquí me hace sentirme libre, me hace soñar diferente. Es como si hubiera podido construir un camino que nos permite aislarlos un poco de la mirada de los otros. Así van las huellas de mi vida y aunque ahora parece distinta la forma de andar, hay continuidades, mi relación fue un poco como mi profesión, creció con cautela, en silencio, y cuando llegó el matrimonio también fue así, sólo que ahora, tuve alguien que tomó mi mano cuando se abrieron las puertas de la oficina del registro civil, y me dijo, “vamos”. Estábamos conscientes de que al celebrar nuestra unión sólo seguíamos nuestros deseos, sin cumplir expectativas de otras personas, tal vez, en una dinámica un tanto egoísta, decidimos diseñar una reunión pequeña con lo que teníamos a nuestro alcance.

Tal vez, las huellas que hay en mi montaña son o han sido a veces incomprensibles para mi familia, pero al final las han aceptado, y me han apoyado.

### ***Ganas, amor y alegría en grandes dosis todos los días***

He estado pensando en esta lección desde que me llegó y he tratado de repasar la historia familiar, de pensar en cuál es esa palabra especial, me saltan frases, que ya he escrito con anterioridad. Sin embargo, debo decir que tal vez, hay un par de palabras que cambian de tono en mi vida, y que las he escuchado de mi mamá y de mi papá, pero que además son tan tuyas. Es decir, son esas palabras que de una u otra forma las veo reflejadas en su andar por la vida, así que inevitablemente cuando ellos las mencionan suenan como una sentencia, a veces fuerte y contundente, otras motivadora, y otras como la única salida posible a cualquier situación: “échale ganas”.

El “échale ganas” es parte del menú familiar, en cualquier situación. Cuando éramos pequeños, mis hermanos y yo, era la frase un tanto aterradora al recibir calificaciones o al ir a la escuela, no podíamos ir a la escuela sin ganas, teníamos que “echarle ganas a la escuela”, esforzarnos, porque era nuestra única obligación. Aunque, también teníamos que echarle ganas a la limpieza de la casa, y eso provocaba constantes peleas entre nosotros, creo que no nos encantaba “echarle ganas al aseo de la casa”.

También recuerdo, las visitas de mis tíos a casa, y después de narrar algún problema, una situación difícil, la sentencia era la misma, “ échale ganas, no hay de otra”, esta vez el tono no era de sentencia, se pronunciaba después de algo así como un suspiro, un respiro largo, y bueno el tío o la tía, se iba con cara de conformidad, tal vez, no alegre, pero sí con la convicción de que no había otra salida, más que echarle ganas.

Aunque con mi papá la comunicación ha sido más complicada, creo que, en su arsenal de consejos, el primero, es “échale ganas”. Cuando llegamos a contarle algún problema a mi papá, la respuesta es esa, “pues sí hija, échale ganas”. A pesar de la simplicidad que parece residir en ellas, para mí resultan simbólicas por la historia de mis padres, porque sé que no tuvieron otra opción más que echarle ganas, ambos tuvieron infancias muy duras. Mi mamá padeció la ausencia de su

madre cuando ella era una niña, y sólo unos años más tarde murió su padre. Mi papá no llegó a conocer a su padre, pues murió cuando él aún era un bebé, a veces creo que la primera vez que él realmente se sintió amado fue cuando conoció a mi mamá. Así que cuando ellos dicen “échale ganas” saben de lo que están hablando. El tono que de niños nos resultaba un tanto amenazador, mismo que acompañaba, a las palabras mágicas, “échale ganas”, tal vez, ahora suena con un toque de esperanza, que probablemente antes yo no alcanzaba a percibir; es como si detrás de esas palabras, se escondiera, un “no están grave, sólo es cuestión de trabajar y esforzarte, pero hay solución”. Algo así como será difícil, más no imposible, porque si le “echas ganas”, las cosas saldrán.

El tono gracioso llegó hace más de una década con la llegada de mi primer sobrino, no recuerdo con exactitud su edad, quizá tenía tres o cuatro años, y comenzó a pasearse de una habitación a otra, improvisando una canción, cuyas estrofas repetían, “échale ganas, échale ganas”, a nosotros nos causaba mucha gracia. A veces la cantaba sin razón alguna, o tras creo que era una forma de comunicarse con su hermana, que era solo un año más pequeña que él... bueno, “lo que se hereda no se hurta”. Así, ahora también nosotros incorporamos esa mini canción, y en ocasiones cerramos así las conversaciones.

Al final las palabras se logran interiorizar tanto que, aunque ahora no me las digan mis padres, cuando veo una situación difícil, a mí mente viene, bueno “hay que echarle ganas”, a veces son palabras llenas de motivación, son como el sonido del silbato que detona el inicio de una carrera. En otras ocasiones vienen con poco de pesadumbre y resignación, que me recuerdan al tono que tenían en mi infancia, es como, “no hay escapatoria, ni excusa”. Supongo que lo que subyace en estas palabras es la idea de mis padres, de que en la vida hay que esforzarse, tal vez, en esa connotación obligación, en ese “hay” está oculto un tono optimista, un tono que tal vez, deberíamos percibirlo más a menudo. Tal vez, tenemos que “echarle ganas, corazón y alegría”.

### ***Cazadora de mariposas y luciérnagas***

Tengo la vocación de la nostalgia, la vocación que a veces, mientras camino me provoca pensar en la cantidad de personas que han pisado la misma calle, personas de otros siglos, de otros años, personas que tienen fragmentos valiosos de historia que forman parte de un gran rompecabezas. Tal vez, podría decir que la historia es como ese pedazo de luna que llevamos en el bolsillo, la misma que evoca Jaime Sabines. La historia trae sonrisas, trae sabiduría, trae amor, trae temores, está cargada de emociones. Las historias de vida se cruzan con esa historia a la que llaman, la historia de bronce, las historias de cada nación llevan escondidas en sus costuras la historia de miles de seres humanos. La revolución se lee en los pueblos, en las costumbres, en nuestro lenguaje, en cada huella.

Esa grandeza de la historia, esa sutileza que es como el polvo que se mete por cualquier rincón de la casa, esa es la que me llevó a querer estudiar Historia. Tal vez, una combinación de nostalgia, pero también de maravillarme con la vida, con las formas en las que cada nación, cada persona asume su presente, vive, y después una puede acceder a él, a ese pasado, a esa sabiduría, a través de la Historia. Los historiadores interpretamos todas estas historias que andan por ahí, buscamos datos, verificamos, claro siempre tratando de seguir la llamada "objetividad", en la que tampoco creo, ni quiero creer, porque sin pasión yo no investigaría ningún tema, y si tengo pasión me parece que la objetividad no juega muy bien. Antes que la objetividad, creo en la empatía, en tratar de pensar en el momento en el que vivieron esos personajes, esas personas, en las ideas que deambulaban entonces, en las presiones, en las pasiones de ese momento.

Creo que la clase de Historia siempre me gustó, aunque no tuve justamente maestros que se apasionaran por ella, Clío no logró adentrarse en ellos. Cuando pienso cómo fue el llamado de Clío, tengo recuerdos que saltan sin mucho orden, no sé ponerle un punto de origen preciso. A mí me gustaba de niña que me contaran historias, las que fueran, pero que me contaran. En las canciones yo buscaba las historias, en mi casa siempre hubo música, y yo me alegraba con el ritmo, pero

estaba atenta a escuchar las historias que contaban. Por ejemplo, mi mamá siempre hablaba de Óscar Chávez, y mientras ella cocinaba, a veces sus canciones nos acompañaban, de esa época me acuerdo mucho de la que llevaba por título, Lamento borincano, no tenía idea que era una canción de un autor puertorriqueño, de Rafael Hernández, yo pensaba que reflejaba la realidad mexicana, la historia de México y me llenaba un poco de tristeza, pero el relato me causaba cierta fascinación, por la lucha de esos campesinos, de la gente que trabaja duro, esas historias eran las que me llamaban.

Yo quería saber más historias como la de aquel jibarito, esas historias son las que siempre me han atraído. Mi afición fue definida, muchos años más tarde, por algunos profesores como una preferencia por la Historia desde abajo. Debo agradecer que en mi casa siempre hubo libros a veces por mis hermanos, a veces por mi mamá. Recuerdo, por ejemplo, aquel libro, *El Galano arte de leer*. No muy a menudo mi mamá tenía tiempo de leernos, pero cuando lo hacía empleaba ese libro, a mí me daba una inmensa alegría, recuerdo aquellos momentos con mucho amor. Recuerdo, por ejemplo, que en la primaria el libro de texto que más me gustaba era el de lecturas, ¡uy me encantaba leer ese cuento de Francisca y la muerte!

Años más tarde, cuando iba en quinto año, tuve la fortuna de tener una profesora que tuvo a bien leernos cada mañana algunas páginas del libro, *Corazón diario de un niño* de Edmundo Amicis; bueno yo era feliz, me perdía en esos mundos, probablemente ni si quiera sabía bien a bien donde estaban situadas los relatos, pero me encantaba escuchar las historias de los personajes. Recuerdo que las historias que involucraban al personaje del albañilito se me incrustaban en el corazón de una manera especial. Tal vez, porque es el oficio de mi papá, y me gustaba que hablaran de él señalando lo digno de ese trabajo; a veces me parecía que teníamos que ocultar el oficio de mi papá, y en las historias de Edmundo Amicis le devolvían la dignidad.

Una de las maravillas de la llamada “Historia desde abajo” es que nos reconocemos más allá de las fronteras, nos reconocemos en pasiones, en caminos, en amores, en sueños, en esfuerzos. Por esa misma época, estoy hablando de 1994, hubo un evento que ha quedado registrado como referente en la Historia de México, el surgimiento del EZLN. Me acuerdo de que mi hermana, y mi mamá hablaban del tema y a veces mi hermana llevaba el diario, *La Jornada*, a casa y leían las cartas del subcomandante Marcos; yo siempre ávida de historias me ponía en cualquier rincón a escuchar, a pescar las historias. Hay en específico un relato, que no sé si recuerdo con claridad, pero era la historia de una niña a la que el subcomandante Marcos llamaba la “Paticha”. La historia era triste, la niña murió por falta de atención médica en una zona sumida en la pobreza. Creo que esa fue una de las historias que me conmovió mucho, a los 10 años, una no sabe cómo interpretar esos sentimientos, era incredulidad, revuelta con impotencia y tristeza, creo.

Supongo que esas historias, mezcladas con el contenido de la revista “El chamuco”, que mi hermana compraba y dejaba por ahí, siguieron alimentando mi necesidad de historias. Así que poco a poco, mi gusto se encaminó más por esa mezcla de historias y presente. Yo leía lo que se me atravesaba, ahora que pienso, creo que a los 10 años viví esas ganas de leer más que en otros momentos, y debo decir que no fui esa niña devora libros, a mí me gustaban las historias y las cachaba donde podía, en las canciones, en los libros, en las revistas, en las conversaciones de adultos, en la televisión, dónde fuera. Si de pronto tenía dinero compraba libros (aunque también muchas veces preferí comprar dulces), así obtuve, por ejemplo, el libro de *Mujercitas*, cuyo personaje favorito para mí, por supuesto era “Jo”. Como dije, leía libros de donde llegaran, así un día encontré un libro que se llama: *Cuentos para Verónica*, lo recuerdo con mucho cariño, creo que fue un regalo para mi hermana, pero cayó en mis manos. Otras veces, los libros eran regalos, casi siempre de mi mamá, así llegó a mí, por ejemplo, *Marcelino pan y vino*, *Cuando Hitler robó el conejo rosa*, entre otros.

Supongo que hubo un brinco grande de las Historias de los libros que me leían y leía a las historias que se relataban en mi casa a través de los diarios. Hasta entonces, las historias me habían dado un espacio reconfortante, un lugar al cual recurrir, soñar, perderme. Sin embargo, en las historias de los diarios, en las cartas del Subcomandante, se reafirmaron sentimientos, que creía sólo estaban en las canciones de Oscar Chávez, fui más consciente, creo yo, de que era real, que esas historias también estaban ahí, en esa unión del pasado y presente. Así, empecé a buscar libros, como *México Bárbaro* y entonces las historias ya no resultaban ser tan reconfortantes, pero me daban algo más, no sé cómo expresarlo, algo como otros ojos, algo que me permitía ver más allá, y que, aunque no era lindo, ni terminaba como aquellos cuentos de *Las Mil y una noches*, yo quería seguir conociendo, quería saber la verdad, bueno lo que a esa edad se puede intuir como la verdad. No quería ese libro de texto de Historia que sólo me contaba algunos datos, quería la historia, quería comprender de qué me había perdido, porque de una Revolución triunfante, de una historia de héroes, habíamos pasado a historias de niñas que morían en medio de la pobreza. Creo que había llegado al lado amargo de la manzana.

Durante la adolescencia creo que fui perdiendo un poco el gusto por leer, no recuerdo muchos libros que haya leído entonces. Pero las historias sí me seguían gustando, más allá de las tareas escolares en las que a veces llegaban relatos a través de libros de texto, creo que mis ganas de historias se alimentaban a través de las canciones. Recuerdo que, en esos años, mis hermanos cursaban el bachillerato, estaban a punto de entrar a la universidad, y si bien las revistas del chamuco todavía andaban por ahí, cada vez eran menos frecuentes, supongo que mi hermana tenía otros gastos. De esas épocas recuerdo que me atrapaban los relatos de las canciones de Maldita Vecindad o de Caifanes. Me enganchaba esa canción del “gran circo” o la canción de “nubes”. Creo que era el llamado de Clío en su versión rockera. En esos años, de vez en vez caían en mi casa libros de Rius, y pues evidentemente, yo los tomaba.

Ahora creo que siempre andaba husmeando para ver en que me entretenía, siendo la hija más pequeña, y la que siempre fue a escuelas que le quedaban lejos de su casa, pues no había muchas opciones, no había amigos cerca, no teníamos teléfono. Mis hermanos eran muy grandes para querer estar conmigo y mis papás tenían un mundo de cosas por hacer. Así que de pronto me encontré leyendo a Ibarra, creo que el primer libro que leí de él fue el de *Las muertas*, que es una novela basada en la historia de “las poquianchis”, pero bueno yo seguía fiel a leer las historias que cayeran en mis manos. Poco a poco esas historias me llevaban más hacia el terreno de lo político, lo social, las historias de abajo, bueno era una ensalada de intereses.

Cuando llegó el momento de elegir una profesión, primero pensé en estudiar Derecho, pero como ya estaba un tanto decepcionada a esa edad de cómo funcionaban las leyes y la justicia, lo dudaba. Nunca pasó por mi mente ser escritora, ni estudiar literatura, nada de eso. Sin embargo, un día, recuerdo que una profesora, tuvo la delicadeza de preguntarme qué quería estudiar, y yo le dije que tal vez, Derecho, pero me dio la confianza de decirle cuáles eran mis dudas en torno a esa carrera. Fue entonces, que ella me preguntó qué era lo que me gustaba, y yo le dije, a mí me gusta la Historia; porque era lo que yo sentía que estaba más cercano a los relatos que me hipnotizaban, y ella me propuso, bueno pues estudia Historia. Yo le dije que no sabía que se podía estudiar Historia, pregunté que si ella se refería a estudiar para ser profesora de Historia. Ella me contestó: no, tú puedes estudiar para ser historiadora. Yo creo que mis ojos se iluminaron, porque le dije de inmediato ¿dónde se estudia para ser historiadora?, y ella me dijo en varios lugares, en la UAM, en la UNAM, en la ENAH, bueno ese fue el momento de luz. Ahí me aferré a estudiar Historia en dónde fuera, la escuela era lo de menos, yo quería estudiar Historia y desde ese momento no quise escuchar más consejos, yo me puse a buscar información, y le dije a mi mamá que quería estudiar Historia.

No sé qué tan en serio me haya tomado mi mamá en ese momento, la verdad es que había pasado por momentos muy caóticos en la escuela, tanto así que había

terminado por hacer la prepa abierta. Supongo que mi mamá pensó, bueno que termine la prepa y luego hablamos. Después, cuando me vio tan convencida habló conmigo y dijo que no había mucho futuro en esa carrera, entre muchas otras cosas, pero yo ya tenía mi faro, y pensaba pasar todos los tragos amargos, incluida la geometría analítica, la física y la química si eran mi pase para después estudiar Historia. Era mi oportunidad de empezar a recolectar historias. Me acuerdo de que en aquel entonces, cada que podía y ganaba el control de la televisión, veía el programa del canal 22, “La dichosa palabra”, no bueno, ahí soñaba más, yo anhelaba saber tanto como ellos, siempre tenían grandes historias, siempre había algo detrás de cosas aparentemente sencillas.

En fin, así caí en las manos de Clío, ahora que mi doctorado en Ciencias Sociales me trajo a la Historia reciente, pienso que ha sido por la necesidad de ponerle rostro y escuchar a los personajes que considero serán parte importante de la Historia en un futuro cercano. También creo que sigo cazando historias porque me llenan de esperanza, a pesar de las dificultades que a veces encierran. En ocasiones, creo que así me enamoré de mi pareja, él es un buen conversador y tiene un montón de historias, viajo con él a otras épocas a otros lugares.

Cazar historias es lo que me da alegría, es lo que me hace soñar y no quiero que el olvido se lleve esas historias de la gente, esas historias llenas de sabiduría, llenas de lucha, de resistencia, de supervivencia, de amor, de alegría. Escuchar historias es como ver volar mariposas o luciérnagas en la oscuridad. Las historiadoras y los historiadores cazamos esas mariposas y luciérnagas a través de las letras, nuestras redes son las páginas en las que plasmamos su vuelo, así lo veo yo.

### ***El vuelo***

Bueno, siempre me cuesta un poco trabajo de pensar en algo que me haga sentir orgullosa, pero algo que he tratado desde hace algunos es ser cuidadosa en mi andar, es decir, caminar respetando la forma de andar de las otras personas.

La búsqueda por ser respetuosa, creo que viene a partir, del respeto que he pedido para mí. Ya he contado en otras ocasiones, que mi carrera fue una elección difícil, también, tal vez, el estar tanto tiempo sola, sin pareja. Por lo anterior, creo que, puedo decir que la ofrenda que he tratado de dar a las mujeres de mi familia es esa, la de libertad, a través del respeto a su andar. Creo que en muchas ocasiones traté de encontrar mi camino sin cumplir a las demandas de mi familia, sobre todo las demandas femeninas que creo que son las que aparecen más fuerte. Lo anterior no ha sido del todo fácil.

Si bien, en la primera etapa de mi vida, por llamarla así, en la etapa de estudiante, por parte de mi mamá estuvo latente la idea de que tuviéramos una profesión, cuestión que le agradezco mucho, también fue significativo ser la hija de una maestra. Eso de alguna manera siempre limitó mi comportamiento y mis elecciones, me mantuvo en una constante demanda de mejoría, nunca era suficiente, y el camino así resultaba cansado. Así que, creo que los años de adolescencia y juventud, forjaron en mí, rebeldía en ciertos aspectos, acompañada también de muchos errores, pero apareció esa demanda de respeto y libertad sin la que tal vez, no hubiera podido estudiar la carrera de mi elección.

Cuando terminé mi carrera, la demanda fue que siguiera el camino de mi hermana, encontrar un trabajo, casarme y tener hijos. Pero los últimos puntos, no eran de mi agrado. El trabajo era algo que me gustaba, pero no quería casarme, ni tener hijos. Así que muchas veces me encontré justificando, las razones por las cuales prefería estar sola y demandando ese respeto. Creo, sin embargo, que con el paso del tiempo logré que mi familia, y sobre todo mi mamá, comprendiera que hay diferentes caminos para una mujer, que hay diferentes formas de ser fuerte. Yo no quería ser la mujer que es una madre y esposa ejemplar, yo sabía que eso requería de mucha fuerza, de muchos sacrificios, pero no entendía porque las mujeres de mi familia apostaban tanto en eso. Muchas veces, las vi cansadas y desanimadas o a veces, en una suerte de competencia, por ver quién podía dar más.

Creo que traté de marcar que esas batallas no eran las mías, y con eso supongo que intenté ver otros caminos, e interiorizar que cualquier vereda que una elija es válida y hay que respetarla. Creo que, que trate de ofrendar eso, de ser, de sentir la confianza de contar nuestras caídas, nuestras dudas, sin pensar en tener que cumplir con un rol encomendado años atrás. A veces, pienso que es como ser un poco como las aves, saber volar sola y en conjunto, pero siempre respetando el vuelo de los otros. Trato todos los días, aunque no siempre lo logré, de no juzgar los otros vuelos. De saber que cada uno trae sus batallas. Así que, si pienso en algo que he ofrendado a mi familia o de lo que me siento orgullosa, es esa idea de dejar ser, de soltar las demandas de los otros. De elegir sin culpas, y de tratar de no señalarnos en las caídas, tratar de darnos una mano para levantarnos. Como he dicho, no siempre lo logro, pero lo intento. Trato de que mis sobrinas o mis primas siempre tengan el valor de hacer lo que quieren, sin pensar en lo que nosotras esperamos de ellas, sólo sabiendo que las quiero y valoro tal y como son, que son bellas y valiosas así.

A veces, creo que las familias llegamos a ocupar lugares de jueces, y soltar ese traje es muy complicado, pretendo soltarlo.